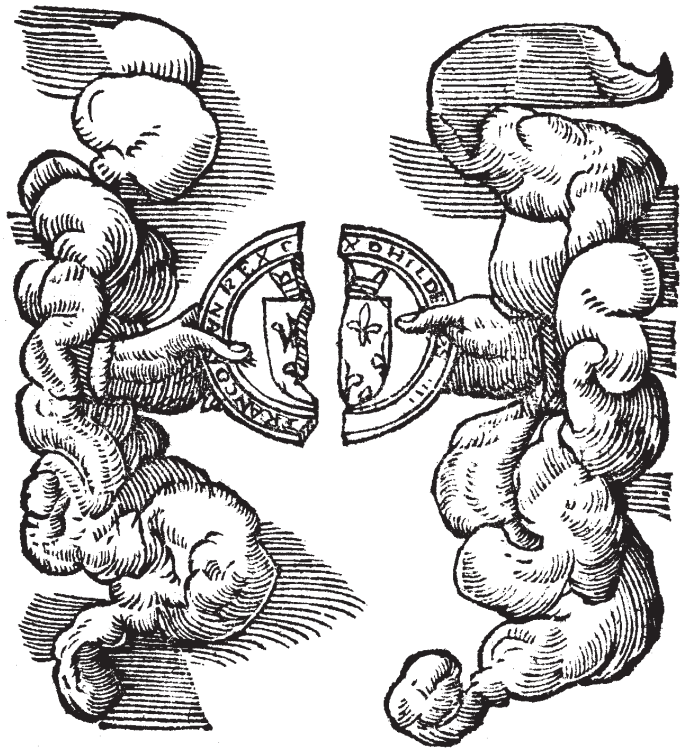
Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 3

El consejo

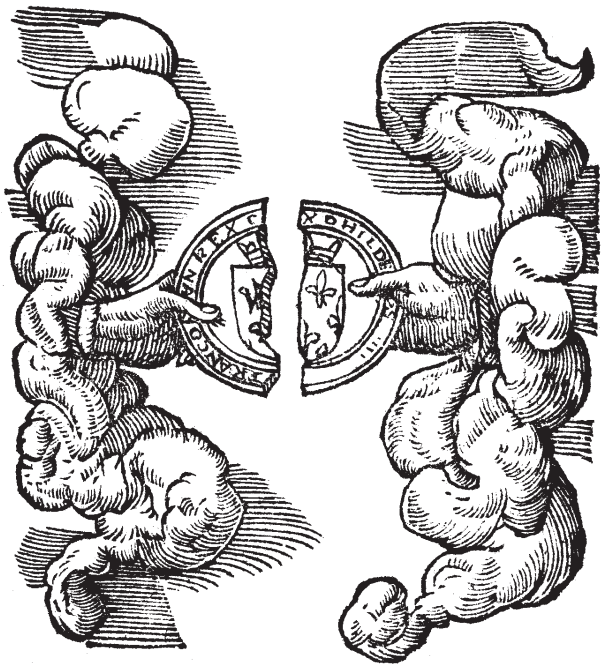


Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 3

El consejo



Al llegar Silvestrín a la facultad, se dirige presto a la sala de reuniones de la misma. Don Julio Filizado, decano de la facultad de ciencias y físico afamado él mismo, va a presidír el histórico consejo orgánicamente asambleario. Cualquiera con derecho a estar presente puede hablar si se le concede la palabra, pero las decisiones importantes ya estaán tomadas previamente por la autoridad jerárquica competente, providencia ésta que evita pérdidas innece-

sarias de tiempo. Cuando llega Silvestrín el consejo todavía no ha comenzado, y el decano se encuentra un poco nervioso debido a la magnitud épica y la altura histórica del acontecimiento científico que se avecina. Don Julio ha logrado desarrollar una teoría, que ha sido publicada en la Revista Montañesa de Física en varias entregas, alternativa a la Teoría de la Relatividad de Einstein; dicha teoría, que goza de gran predicamento entre los militares del Ministerio de la Guerra que saben leer y entre los dos miembros de la Conferencia Episcopal Española capaces de calcular una integral, y que ha merecido el justo nombre de Teoría Juliofilizada del Éter Espacial.

Avizora al fondo del pasillo Silvestrín la pequeña figura del profesor Londrino dirigiéndose con amplias zancadas a la sala del consejo y hacia él se lanza. Le aborda Silvestrín y le anuncia la buena nueva de que ya había recuperado uno de los termómetros de las mismas manos yermas del mozo de laboratorio Abelardo y que tenía fundados motivos para sospechar que uno de los participantes en el consejo estaba implicado en el robo, aunque, consciente de la importancia de estas imputaciones, medía sus palabras, por lo que solicitaba a don Santiago que pidiera permiso al profesor Filizado para que él pudiera también asistir a dicho consejo de la facultad. El bufido de respuesta de don Santiago sorprende a Silvestrín, pues el profesor no parece darse por aludido por la buena nueva de la pronta recuperación de un valioso termómetro y ni siquiera se alegra.

En realidad, el carácter claramente irregular, rozando lo subversivo, de la insólita petición de Silvestrín –en sintonía con otras peticiones participativas del mismo cariz revoltoso por parte de trabajadores por cuenta ajena en las fábricas y otras de alumnos díscolos de otras universidades, apoyados éstos últimos por profesores comunistoides y enemigos de los principios que animan el movimiento nacional, aunque el profesor no llega a verbalizar tan explícitamente estos pensamientos–, propicia un amago de negativa en don Santiago, que no se alegra de la buena nueva y se limita a balbucear excusas.

Pero esta comprensible orgánica hostilidad inicial en un hombre cabal que tiene tan interiorizada la democracia franquista, se ve convertida pronto en amable invitación a Silvestrín para asistir al consejo cuando éste se extiende morosamente en los detalles de la recuperación del termómetro –aunque no todos los detalles, pues sus nalgas doloridas le hacen ser comedido y mantener la boca cerrada en ese punto– y le explica a don Santiago las muchas puertas que su nombre le han franqueado y cómo sus proclamas de 'Visca el Barça'

le han mostrado un universo rico en experiencias táctiles que tal vez sería interesante compartir con otras personas interesadas en conocerlas. Así como recordar los cariñosos recuerdos que algunas de las empleadas de 'El loro azul y carmesí' le enviaban. La promesa de mantener la boca cerrada, oyese lo que oyese a lo largo del consejo, es la única condición que pone don Santiago. Una vez hecho voto de silencio, el profesor Londrino no tiene problema en lograr el codiciado permiso para Silvestrín por parte del nervioso profesor Filizado.

La doble excitación de poder controlar de cerca al profesor Bezno de Cubil y de asistir a un consejo de facultad que iba a pasar a los anales de la historia universitaria española –como previamente había corrido la voz por toda la facultad, debido a los importantes adelantos científicos que allí se iban a anunciar–, hacen que Silvestrín se siente a la mesa del consejo como un profesor más, dispuesto a mantener la boca bien cerrada. Don Santiago le mira con cara adusta, pero pronto el profesor Filizado anuncia el comienzo del consejo.

Con voz enardecida por la excitación, don Julio anuncia que por fin ha sido convocado el consejo de facultad extraordinario con un único punto del orden del día:

> 1. Aprobación de la fijación del nuevo valor de la razón de la longitud de una circunferencia a su diámetro horizontal, es decir, π, en exactamente 3,2

La lenta pronunciación del profesor Filizado ha dejado caer la frase como cae una hoja en otoño, revoloteando y posándose sobre la audiencia cual néctar munificente y fecundo maná de las ideas. Es éste un avance científico sin precedentes, añade, debido a la sección de física de la montañesa facultad de ciencias y después de una preparación minuciosa por parte de las mejores cabezas pensantes de los grupos de óptica geométrica, termología e ingenieros de canales de la facultad.

Aunque este sensacional descubrimiento geométrico hacía tiempo que se barruntaba sólo cuando el grupo de óptica geométrica de la facultad ha alcanzado la masa gris crítica necesaria como para debatir en profundidad estas ideas, éste sensacional avance ha salido a la luz –lo que se dice, una luminosa parida, con la facultad de ciencias como partera–, concluye en su emocionada introducción don Julio bajo la mirada sonriente del cuerpo de agregados y catedráticos que conforman el orgánico consejo de la facultad. En los meses anteriores, el ambiente científico en la facultad estaba fecundamente preñado de estas ideas grandiosas, con experimentos que mostraban que la luz iba a

mayor velocidad de lo que se había medido en calvinistas laboratorios extranjeros de pesas y medidas, con móviles perpetuos de segunda especie que desafiaban las estrechas leyes de la termodinámica luterana y con canales de uralita con aluminosis que iban a mejorar el sector de la construcción.

El grupo de fótónica procede a explicar, por boca de su portavoz Gonzalo Bezno de Cubil, que ellos están más que hartos de que profesores de matemáticas –y, por tanto, ajenos a la facultad y, lo que es peor, ¡al área de conocimiento!– vinieran insistiendo en que $\pi = 3,141\,592\,653\,589\,799\,323\,846\,264\,3$. Ellos mismos gustan de llamarse grupo de los fotónicos, antes equipo de óptica geométrica, en periclitada y obsoleta denominación, que no recoge los avances hercúleos de este grupo a la causa de la ciencia de la primera mitad del siglo veinte. La denominación de fotón para referirse al cuanto de luz, atribuido erróneamente a acólitos de Einstein, se debe en realidad a un perro de nombre Fotón que pertenecía al anterior catedrático de óptica y que le traía las perdices abatidas por sus escopetazos certeros con gran rápidez, por lo que el feliz poseedor del can acostumbraba a decir: 'Fotón se mueve a la velocidad de la luz', frase que fue publicada en la prensa local. De ahí, el nombre de fotón que ha sido robado a estos preclaros investigadores por la comunidad científica internacional, siempre celosa de nuestros éxitos patrios. Silvestrín no le pierde de vista, como tampoco al atado que el profesor Bezno apretaba contra sí, donde sospecha que éste guarda los termómetros robados al doliente Abelardo.

Puesto que su grupo fotonoide –prosigue exponiendo, con verbo que hace mucho tiempo debió ser cristalino, el profesor Bezno de Cubil–, con años de experiencia entre superficies y volúmenes de cilindros y esferas, habían comprobado más allá de la duda razonable que con $\pi = 3.2$ los experimentos se explicaban más que de sobra, proponen –¡exigen!, en inflamado verbo, varonil prestancia y patriótica actitud de don Gonzalo– a la facultad utilizar este valor de ahora en adelante. Mientras don Gonzalo habla, lubrica a la vez su aparato fonador con el elixir de los doctores *Justerini and Brooks*, que recetan a domicilio, dando sin rubor lingotazos de una botella del conocido preparado de color ambarino y orígenes escoceses.

Este nuevo valor debe ser adoptado, prosigue diciendo Bezno, tanto en las clases recitativas presenciales, como en las clases del aula virtual –una sala llena de telas de araña en la que se depositan documentos torpemente ciclostilados, comentario que es saludado con

abundantes y espontáneas carcajadas por los demás miembros de la facultad–, cursos de doctorado –aquí las risas dan paso a las lágrimas de pura risión y algunos se sujetan sus abultados estómagos para evitar morir de la risa– seminarios pedagógicos y en la investigación –los gritos de ¡docencia, docencia! de algunos viejos falangistas resultan atronadores– que eventualmente se llegara a publicar. Opta Silvestrín por esperar a que pase la euforia aclamatoria a favor de Bezno, pues toda la sala parece impregnada de una extraña exaltación. Afortunadamente, él no puede intervenir, pues la propuesta del profesor Bezno le parece una estupidez sólo comparable a la de pensar que con explosivos convencionales se puede simular una bomba atómica.

Las indudables ventajas de la adopción de este nuevo exacto valor para la razón del perímetro de un círculo a su diámetro –bella perífrasis que un inspirado y cogorza don Gonzalo regala a la entregada audiencia– son tan evidentes que caen por su propio peso. El erudito profesor presenta a continuación diversos antecedentes históricos que avalaban este valor. El Dr. Edward Johnston Goodwin propuso al estado norteamericano de Indiana adoptar el valor $\pi = 16/5 = 3.2$, valor que fue aprobado por el *Indiana House of Representatives* y alcazó rango de ley el 5 de febrero de 1897 con el *House Bill No. 246*. Del mismo modo, en 1934, durante la época fecunda del caudillaje nacionalsocialista en Alemania –mientras en España la oprobiosa república entregaba el voto a las mujeres y el divorcio a los hombres–, el profesor Ludwig Bieberbach exigió adoptar el más ario valor de $\pi = 3.2$ en oposición a la judaizante y antigermánica forma de definir $\pi/2$ como: 'la menor raíz positiva de cos x', –cita con indisimulado desdén el profesor Bezno– algo sencillamente intolerable para la sensibilidad germánica. Y para cualquier español bien nacido, añade, que Pizarro y Cortés no necesitaron conocer el valor de π para conquistar los imperios inca y azteca ni para saber el volumen de oro que les tenían que entregar los indios salvajes aquellos. No puede evitar Silvestrín reconocer ni la ágil presentación ni la elevada erudición del profesor, a pesar de su natural rapiñador.

Después de esta encendida, vívida, defensa de su tesis –y a la vez contenida en su reciamente castellana exposición–, la emoción del momento histórico que se vive, y del que todos los miembros leales de la facultad son plenamente conscientes, se desborda de tal manera que los propios miembros del grupo de fotónica dan al profesor González de González una vuelta a la oblonga mesa del consejo a los gritos de 'Torero, torero', a la vez que una lluvia de bragas y calzoncillos –en

esto es también ésta una facultad avanzada, aunque para el gusto de algunos pudibundos la proporción calzoncillos/bragas resulta más alta de lo que la buena salud sexual de una sociedad exigiría– saludan al nuevo héroe científico. Mira Bezno de soslayo desde lo alto a Silvestrín, pero no suelta su presa, y se ríe histérico con mirada de beodo.

Pero los enemigos de estos progresos –realizados a la luz del conocimiento superior que nuestro hispánico catolicismo regala a los hijos de Iberia, pues no por otra que por inspiración divina puede ajustarse con tal exactitud el valor de π– acechan sin descanso. Envidiosos de nuestros hispánicos avances científicos sin parangón y de la erudición de que allí se ha hecho gala y arteros sin cuento, aprovechan que las patrióticas huestes científicas están sin aliento y henchidas de orgullo patrio para pidir la palabra y así apuñalar las nobles conciencias con su venenoso verbo. ¡Pues no comentan los muy canallas que la propuesta del profesor Bezno es una solemne estupidez y que no se puede imponer por mayoría!. Estos vendepatrias pretenden dar lecciones de democracia a los profesores del consejo, dignos herederos de Torquemada, el Duque de Alba y Fernando VII, hombres todos ellos cabales y dialogantes.

Así que después de desestimar como faltas de fundamento las alegaciones de algunos miembros –que no merecen la denominación de profesores– de la facultad sobre los límites del sistema de mayorías, el decano de la facultad procede a abrir un turno de intervenciones, pero reducidas a críticas constructivas y no a comentarios ponzoñosos que él con su autoridad va a cortar de raíz. Los gritos de '¡esquirol, esquirol!' resultan bien reveladores del sano ambiente de camaradería que reina en la sala, con todos los elementos sanos de la facultad formando piña contra los enemigos que acechan en las sombras. Silvestrín no sabe si está soñando o estos tipos se han escapado de un frenopático y han usurpado la voluntad y el cuerpo de los profesores, normalmente tan sensatos como para explicar el misterio de la transustanciación en las clases de química o el peso del alma en las de física de los medios continuos.

El grupo de termología, por boca de su portavozarrona –neologismo que reune en sí mismo la femenina elegancia de la expositora y su grave tono de voz, tono que el onubense destilado de Cazalla de la Sierra ha ido matizando con los años, ganando éste en profundidad expositiva–, la profesora Maite Conlimón ('y un chorrito de aguardiente', como ella siempre añade guiñando un ojo a su inter-

locutor y con el simpático gracejo de su tierra que hace que parezca que se muerde la lengua al hablar), se suma con inusitado alborozo a tan preclara y justa medida, hito hispano de la metrología que los siglos venideros saludarán como fue saludado en su momento el dieciocho de julio, en feliz égloga de la ingeniosa profesora, y cuyo encomio se dilata durante más de cinco minutos. Mientras perora, la profesora apura con singular rapidez uno tras otro los vasos llenos de un caldo riojano que oportunamente escancia de una botella que se ha procurado. Su intervención resulta difícil de recoger en su totalidad debido a la fluidez expositiva de la señora, su opaco y españolísimo tono de voz y a la originalidad verborreica de las ideas que presenta. Según explica ella misma al terminar su intervención, y entre hipidos, la ingesta vinífera la hace por estricta prescripción facultativa de su médico de cabecera, pues 'a las penas sin remedio, litro y medio', añade picarona mientras guiña un ojo a la concurrencia. Extrae entonces otra botella de rioja de tres cuartos de litro de su amplio bolso, acción ésta que suscita el comentario elogioso del consejo, siempre celoso de la exactitud métrica en la dicción.

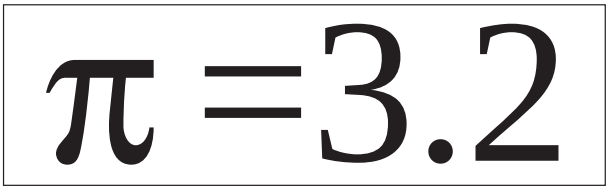


Figura 3.1: Tatuaje que luce en la nalga derecha el vicedecano de la facultad , profesor Atinoso, después de perder una apuesta en un ejercicio de provocación –apostó a que podía recordar el valor de π con veinte cifras decimales, pero se equivocó en la décima cifra decimal, cambiando el cinco por un cero, ¡cuando todo el mundo sabe que en las treinta primeras cifras decimales de π no aparece el cero!–, a altas horas de la madrugada mientras miembros del consejo de la facultad celebraban el nuevo valor de p (antes π) en un lugar de copas bien conocido de nuestra capital.

Entre otras, propone cambiar la extranjerizante letra π por la más patriótica p. ¿Qué han aportado los griegos al mundo aparte de la democracia liberal trasnochada, algunas estatuas rotas, tres obras de teatro ininteligibles, dos filósofos aburridos y las letritas esas tan raras que los extranjeros se empeñan en utilizar en los libros de física hasta hacerlos ininteligibles?, se pregunta la profesora mien-

tras se encaja con gesto vigoroso hasta las cejas la boina roja de la Sección Femenina que amenazaba con caérsele debido a los movimientos rotatorios que ella misma imprime a su cabeza. Como la propia señora Conlimón expone –mientras agita con encomiable agilidad en su brazo derecho la botella vacía de Faustino XIV, nieto de un nieto de Faustino I, y más conocido como Simón I–, ¡a ver cuántas veces aparece π en El Quijote y cuántas aparece p! ¡Que no hay ni punto de comparación, hombre!, concluye deshaciéndose con elegante tiro parabólico de la botella vacía, la cual impacta con gran estruendo y milimétrica precisión contra la cabeza del decano. En días sucesivos lucirá el profesor Filizado un vendaje cabecero que hubiera hecho las delicias de Ramsés II.

En el ambiente de eminente creatividad científica que se ha suscitado, como no puede menos que reconocer Silvestrín, uno de los ingenieros de caminos, el profesor Roberto Mate hace aspavientos y pide la palabra a la silla vacía del decano. El profesor Mate se expresa con signos evidentes de haber estimulado su corteza cerebral con destilados etílicos de alta graduación, pues como él mismo explica, el doctor Johnny Walker tiene un preparado que le despeja las ideas, aunque el profesor no aclara si se las despeja tanto que mete gol o simplemente se las saca del estado catatónico en que habitualmente las tiene. Mate propone con voz recia que se adopte el valor:

$$p = \frac{355}{113} = 3.1415929\ldots. \tag{3.1}$$

Mientras lleva a cabo su propuesta, agita apasionado su afilada regla de cálculo, cual Tizona conquistadora, con evidente peligro para sus vecinos de mesa. Uno de ellos luce desde entonces un hermoso parche a lo princesa de Éboli en su ojo –ex-ojo, mejor dicho– derecho, lo que ha mejorado sensiblemente su varonil prestancia, y el otro vecino dispone de una hermosa cicatriz que le cruza la cara, a la que los quince puntos de sutura han proporcionado un aspecto serio y masculino que sin duda le permitirá impartir docencia en mejores condiciones. Pocos conocen su famosa regla de cálculo afilada, 'que tanto sirve para un volumen calcular como es útil para una fruta pelar' –en feliz pareado del profesor–, lo que le ha valido el sobrenombre de Jaque Mate, apodo cuya justeza sus dos vecinos están ahora en condiciones de certificar.

Ante tamaña hazaña numérica, la conmoción contenida paraliza el consejo –lo que no evita que en un arrebato de viril admiración varios calzoncillos caigan sobre el profesor Mate, guapo ejemplar de

macho ibérico, afamado por lo mucho que alardea de sus inexistentes conquistas de féminas foráneas en la playa de Los Bikinis– y el profesor Tomás Ajista propone a continuación declarar a p (denominación que se seguirá a partir de aquí y que es adoptada por aclamación del consejo a los gritos de '¡Cervantes y cierra España!') número racional (y así vindicar el vejatorio carácter antrópico de irracional que hasta ahora se le ha dado al pobre p) e intrascendente (no intrascendente de poco relevante sino intrascendente de no trascendente, lo que al parecer p era según los matemáticos extranjeros, significase el palabro ese lo que significase). Transportado por la emoción del momento, está Silvestrín a punto de olvidar la alta misión que tiene encomendada, pero pronto vuelve a vigilar a Bezno, que sigue atento a no perder su atado de trapos, que reposa a su lado encima de la mesa.

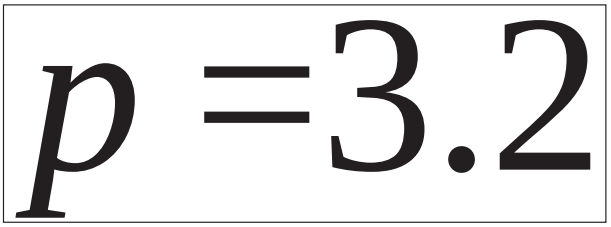


Figura 3.2: Tatuaje que luce orgulloso en la nalga izquierda del vicedecano de la facultad, pues justo después de que le fuera tatuada la nalga derecha (ver Fig. 3.1), algunos recordaron que el consejo de la facultad había aprobado cambiar π por p. A pesar de los impotentes gritos de protesta del vicedecano –diciendo que ese acuerdo no iba a constar en acta pues nadie se lo había dado por escrito–, los tatuajes –garantizados por cuarenta años– lucen ahora simétricos en sus carrillos mayores y él tendrá que dormir boca abajo una temporada.

El cabecilla de la fracción disidente del consejo, profesor Aaron ben Epstein –un criptocomunista ateo, todavía no fichado por la policía, y que tiene una alta opinión de sí mismo no compartida por los demás–, tiene la falta de gusto de identificar dicha fracción como la propuesta por Tsu Chhung-Chih –que él pronuncia Chuchuchi, como Chuchi, pero tartamudeando– en el año judío 4430 y añadir con torpe erudición que el astrónomo persa Al-Khashî había calculado que $2\pi = 6.28318\,53071\,79586\,5$, ya en el 5440. El muy provocador marrano filosemita se atreve a recitar con pornográfica delectación y risa ladina, los años en notación judaica, evitando así hablar de antes o después de Cristo, modo éste último de contar años que usan hasta

los beduinos bereberes de la Arabia tuareg.

Esta vil añagaza, propia de envidiosos vendepatrias, sólo consigue avivar el fuego purificador del rigor matemático que permea el consejo todo y es saludada con gritos de '¡Chinos fuera, moros no!', por lo que el honor del compañero Mate tiene que ser lavado y el provocador es expulsado con ignominia del consejo. Los dos hermanos gemelos de la profesora Conlimón, un par de cretinos microcéfalos que son catedráticos de Hidrodinámica Comparada, toman al agitador ben Epstein uno de cada brazo y lo sacan al pasillo, oyéndose a continuación golpes sincopados y algunos gritos apagados. Con democrática indignación orgánica se reivindica '¡votación, votación!' y a brazo alzado que se adopta la denominación de Ecuación de Mate para la Ec. (3.1) .

Mate insiste lloroso, como el beodo poseso que es, en que la susodicha fracción la ha descubierto él. 'Los borrachos siempre decimos la verdad', es la precisa y gesticulante intervención de Ajista, que solicita que esta gráfica frase conste en el acta del consejo. 'No me jodas Pepe, y dámela por escrito', le contesta con su habitual gracia el vicedecano, el profesor Ángel Atinoso, metido en tareas de secretario del consejo. Este interesante intercambio de frases sucede justo antes de que un Mate sorprendentemente certero encaje su puntiaguda regla de cálculo (la de Mate) en su ojo (el de Ajista), que aulla al sentirse perforado. Apenas han vuelto los oligofrénicos hermanos Conlimón bajándose las mangas de su camisas azules, cuando tienen que llevarse a Ajista a la enfermería. Silvestrín no da crédito al caudal de inútil conocimiento que de allí está brotando con tan noble intercambio de ideas.

La votación a brazo alzado que se ha producido, ha producido en la audiencia, y valga la redundancia, el mismo nudo en la garganta que se produjo cuando hace apenas tres años en este mismo consejo de facultad se anunció al mundo en primorosa primicia la existencia de la quinta fuerza, la ya famosa gravidad (*sic*) rotante, genuina aportación hispana a la ciencia mundial que sólo las envidias de los seculares enemigos de Iberia han impedido se viera coronada con un premio Nobel. Lo que algunos denominaron entonces –con burla prematura, según se ha visto–, el 'efecto de lavadora excéntrica', es hoy una realidad subvencionada por la Casa Civil del Caudillo con muchos millones. Aunque todavía no mueve motores, pronto los moverá, y más allá de los confines de la Tierra, tal y como los visionarios publicistas de Freixenet anuncian. Todo, tal y como con profética visión

los profesores-inventores Sanjuanero y Camaru, honra y prez de nuestra facultad, predijeron. Se pensó en su momento que aquella alta, altísima, cumbre científica no iba nunca a ser superada en la facultad de ciencias, pero se está asistiendo, con los ojos arrasados de lágrimas, a este nuevo amanecer de la ciencia occidental contemplado desde la cumbre alfombrada de flores inmarcesibles del número p. Silvestrín intenta ocultarse bajo el bosque de brazos enhiestos y palmas abiertas que se alza.

Después de la catarsis colectiva que ha significado la adopción por amplia mayoría absoluta –nueva ironía de la historia para aquellos demócratas prematuros que a finales de los cuarenta querían más democracia que la orgánica que los españoles de bien gozaban bajo el manto tutelar del Caudillo: '¡tomad ahora democracia, comunistas!', como la profesora Conlimón se encarga de expresar, bello pensamiento que está en el ánimo de todos– llega la calma y el pitillito.

Se produce un silencio mágico en este momento en que el sistema endocrino del profesorado está recuperándose del majestuoso acto eyaculatorio que ha tenido lugar, licencia venérea que debe entenderse en clave poética y en su sentido primigenio, de poner la primera semilla de la nueva física en ese vientre fecundo que es la facultad de ciencias; nada que ver con las marranadas que adolescentes con granos perpetran mientras contemplan recortes de revistas foráneas, en los que exiben provocativas fotografías de voluptuosas mujeres desnudas mostrando sus bien torneados pechos y muslos en poses provocativas que pretenden ser artísticas, y que secan la médula espinal.

Pero el enemigo de la ciencia cristiana no descansa y otro elemento revoltoso de la facultad, el con certeza comunistoide profesor Israel Bronstein Cohen, peligroso subversivo intelectual e inconsciente cachondo mental, aprovecha para proferir la pregunta artera de que dado ya que se había cometido la absoluta estupidez de redondear π, porqué no se redondea a $\pi = 3.1$, con un error de algo más del 1 %, en vez de hacerlo a $\pi = 3.2$, con un error de casi el 2 %. Se rumorea que el profesor Bronstein fue comandante de una compañía de artillería en el Quinto Regimiento, aunque eso no se ha podido demostrar. '¡Judeo-masónico en lo social y comunista separatista en lo político que si a nosotros nos honra, a él le envilece, ¡Franco, Franco, Franco!', comienza a gritar la profesora Conlimón con encomiable celo patriótico, ante esta provocadora y sesgada intervención que no respeta ni la decencia ni los democráticos acuerdos de la facultad.

– ¡A estos que se creen tan hábiles con las ecuaciones les tatuaba yo una en el culo! –grita una premonitora profesora Conlimón ante tamaño ataque a la inteligencia científica. Un escalofrío recorre la espalda de Silvestrín.

El ejercicio de masculina solidaridad que a continuación se produce es indescriptible. Las mujeres, por su propia esencia íntima e inocencia innata no sienten como las personas masculinas cuándo lo enemigos están tocando el forro escrotal y apretando las gónadas más patrias. A las llamadas enloquecidas, , contenidas en su justa indignación, que profiere con recia y masculina voz aderezada por unas copitas de aguardiente el profesor Francisco Gorza a respetar la soberanía y dignidad de las votaciones del consejo, se unen las voces profesorales de '¡vinculante, vinculante!', que hacen recordar al astuto provocador que se encuentra jugando con conceptos científicos inmanentes a la facultad y que no sería perdonado por las generaciones venideras. Las reservas del profesor Gorza de aquel aguardiente que una vez regaló un rector a la comunidad universitaria en plenas fiestas de la natividad y epifanía, parecen inagotables, pues en todos los consejos de la facultad aparece el profesor con un par de botellas del mismo, una en cada bolsillo del gabán, 'embotellado por las virginales manos de Purificación García', como él mismo lee de la etiqueta que adorna la botella, 'y que viene muy bien para el reuma', suele añadir mientras se sirve con generosidad el descolorido líquido.

A los beneficios cinetíficos (de rapidez de cálculo científico) que la adopción de este nuevo valor universal de p va a reportar a la humanidad toda, y en especial a los fabricantes de toneles, un beneficio adicional que la profesora Conlimón y el profesor Mate sin duda agradecerán, dice el profesor Ajista –que unos segundos antes se ha reincorporado al consejo luciendo un hermoso parche negro en el ojo– , hay que añadir el beneficio sicológico de la caída de los velos que han cubierto nuestros ojos durante tantos y tantos años de dominio extranjerizante de la ciencia. 'En puridad, yo diría psicológico, pues sé que sicológico se refiere al estudio de los higos, no de la psique, pero tengo un cuñado, el decano de la facultad de sicología, que me llama pedante, me da capones y me dice que qué sabré yo del alma y del espíritu si soy de ciencias', aclara Ajista entre risotadas propias y gestos de comprensión de sus vecinos.

Una vez rotos los barrotes de la prisión en la que aquellos adoradores del falso ídolo del *Physical Review Letters*, el becerro de papel de los idólatras, nos han mantenido durante años, nada puede evitar

el derroche de imaginación que, cual Elba desbordado fecundando con sus abundantes limos primigenios y walkíricos las estériles tierras de la Alemania comunista, va a florecer en nuestra facultad, concluye enigmático y tonante el profesor. Silvestrín tiene un nudo en la garganta de la emoción que le embarga.

El grupo de termología toma entonces de nuevo la palabra por boca del profesor Gorza para proponer que en determinadas ocasiones se emplee el valor justo y cabal de $p = 3$, propuesta que lleva a cabo con voz firme y cristalina. En realidad, se trata de otra licencia poética, pues el profesor se lleva cada poco el gollete de la otrora llena y ahora exhausta botella de orujo –cuyo contenido ha trasegado al interior de su estómago con largos tragos– a sus labios, sólo para comprobar que la última huérfana gota se la ha bebido en solidaridad con la profesora Conlimón, por lo que no consigue vocalizar debidamente. Cuando en un intento de imitación patético trata de estrellar la botella contra la pared, como tiene entendido que hacen los cosacos ébrios, ésta se le resbala, yendo a dar contra la frente del decano –pues sólo hace unos minutos se ha reincorporado al consejo de la facultad con el occipital vendado, por lo que después del certero disparo botellil de Gorza, parece el doble de la momia–, evitando así males mayores que es mejor uno vendado el doble que dos vendados una vez. El profesor celebra con la alegría del niño que da en la diana el certero disparo, y tal vez debido a la sorpresa, la expresión oral del profesor gana en precisión lo que pierde en titubeo.

Ya lanzado a pergeñar una propuesta histórica, 'un buen sitio para hacer $p = 3$ es en esas dichosas integrales que no hacen más que salir una y otra vez en los problemas de estadística y que hay que consultar una y otra vez en apuntes amarillentos y polvorientos, los mismos apuntes que saludaron a las fuerzas nacionales cuando liberaron la ciudad del jugo marxista', añade. Esta vívida aportación espontánea, uno de los beneficios colaterales de ingerir grandes cantidades de líquido rectoral, es muy aplaudida, aunque como la mayor parte de los presentes ya no tiene ropa interior, no puede ser saludada en forma y manera.

Nada más terminar su intervención, la cabeza del profesor Gorza, vencida por el peso de la sabiduría que proporciona el alcohol, golpea con estrépito contra la recia mesa del consejo, incrustándose su frente unos milímetros en ella. También Gorza lleva desde entonces tres apósitos y un kilómetro de vendas rodeando su cabeza algunos dicen que en solidaridad con el decano. Un inconsciente que le ha saludado

con la frase, pretendidamente jocosa, de 'a ver cuándo se te caen las vendas de los ojos', se ha unido al club de los cabezones vendados.

Para superar la impresión del deterioro craneal de Gorza la profesora Enriqueta Mañodeperas hace suya la propuesta y procede a justificarla. ¿Acaso no tuvo Noé tres hijos?, procede a preguntarse entre ahogos. Utiliza una talla de sostén –en su caso nada de sujetador, sostén–, tres veces menor que la que le corresponde, por lo que el aire no termina de llenar su cavidad pulmonar y la pobre mujer habla entre estertores. ¿Acaso no tienen tres patas los perros? El suyo perdió una pata en un cepo lobero, y la pobre mujer no tiene mucha capacidad de observación. ¿Acaso no tienen tres patas las banquetas de los que ordeñan las vacas? Ella es oriunda del valle del Pas, y aunque Silvestrín no lo sabe, es la hermana fea e intelectual de la provocativa señora que estaba tras barra en el club 'El loro azul y carmesí'. Esta última pregunta retórica significa, literalmente hablando, el do de pecho de la profesora Mañodeperas, pues al inhalar con ansia incontenida para hacer su siguiente pregunta, ¿Acaso no tienen tres vidas los gatos?, la trabilla metálica de su sostén, un refuerzo de acero que le hacen *ex profeso*, sale lanzada con tan buena suerte que impacta contra el ojo derecho del señor vicedecano, profesor Atinoso. Su gesto desinteresado, interponiendo su globo ocular en la trayectoria del cortante acero lanzado a toda velocidad, impide que la pieza metálica se incruste en el ojo del señor decano, recien incorporado de nuevo y con la cabeza totalmente cubierta por las vendas, lo que ya hubiera sido el colmo. El vicedecano cubre ahora el hueco con un parche a lo John Ford, aunque aquél se lo cambiaba de ojo para hacer gracia y cuando el vicedecano hace eso no juna nada, se clava las esquinas de los muebles en las rodillas, grita de dolor y en su casa se ríen un *puñao*.

El desparrame mamario-glandular que se produce –que no detiene ni la recia camisa azul mahón de Falange con la que la profesora cubre sus abundantes carnes–, recuerda a algunos la reciente crecida de Turia, arrasando todo a su paso. Un cenicero que se encuentra en la trayectoria seguida por sus pechos sale disparado, acertando al profesor Ajista en plena frente, comenzando a sangrar éste como un cerdo degollado y a chillar de dolor en consonancia. 'Es más lo aparatoso que la herida', comenta jocoso en su heroísmo silencioso mientras es ayudado a alcanzar la enfermería por los oligofrénicos. La exhibición incontrolada de piel desnuda femenina siempre incomoda a Silvestrín, excepción hecha de la de sus primas gemelas de Cáceres,

cuya dorada piel al sol, mínimamente cubierta por mínimos bikinis de corte extranjero, no sólo no le incomodan sino, antes al contrario, la encuentra deliciosas en la sana inocencia juvenil con que ellas la exhiben.

La propuesta conjunta de Mañodeperas y Gorza, o Gorza y Mañodeperas, que tanto monta, se realiza con tal apoyo de medios aéreos y terrestres que es alborozadamente acogida como fruto maduro de la nueva ciencia que a partir de ahora va a promover la facultad y es aprobada por asentimiento –'joé, Enriqueta, dámelo por escrito, pero no me lo envies por correo aéreo', dice el vicedecano Atinoso con el guiño de los valientes en el único ojo que le queda operativo–. Silvestrín, atento a esquivar los objetos arrojadizos colocados en órbita, se maravilla del estoicismo del que hacen gala los heridos.

Pero si la ciencia física ha hecho saltar cual palanqueta uno tras otros las oprobiosas losas que mantenían enterradas las mentes, lo mejor está por llegar. En medio del paroxismo creativo que está ya desatado, el grupo de ingenieros de canales exige que se someta a votación a brazo en alto la inclusión extraordinaria de un nuevo punto del orden del día del consejo extraordinario. Aunque no se ha explicitado el nuevo punto, todos esperan con el alma en vilo –excepto Mañodeperas, cuyo sostén ha cedido y ya no tiene nada en vilo–, la propuesta que los ingenieriles colegas tienen que comunicar al consejo. Si ya para la física el hecho de que se reconociese que $p = 3.2$ ($p = 3$ en las ocasiones señaladas) va a significar un adelanto sin precedentes, lo que estos ingeniosos ingenieros tienen que decir puede significar que el país llegue a la cabeza de las potencias mundiales termonucleares.

Pero los enemigos de la ciencia hispana nunca descansan y en una actitud claramente obstruccionista al hermoso clima de vehemencia creativa que impera –solo equiparable en misticismo y trascendencia al que dominaba en la reunión de la conferencia episcopal presidida por el cardenal Segura mientras redactaba el manifiesto de apoyo al glorioso movimiento nacional–, el último cabecilla de la fracción antifacultad que todavía permane en el consejo logra articular venenosas palabras para decir que es necesaria la unanimidad para introducir nuevos puntos en el orden del día. Hay que recordarle a viriles golpes de calzoncillo que la facultad es soberana para tomar decisiones, y se le afea su antidemocrática conducta –y buena parte de la cara– al no permitir siquiera que sus compañeros se expresen con la misma libertad de la que él ha gozado.

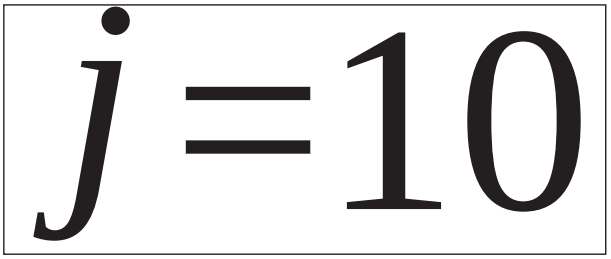


Figura 3.3: Tatuaje que luce sobre su frente el profesor Gustavo Linga desde que se quedó dormido en el salón de tatuajes en el que estaban tratando al vicedecano de la facultad (ver Figs. 3.1 y 3.2) y sus graciosos amigos quisieron preservar para la posteridad este día memorable. '¿Lo quieres por escrito? Toma por escrito' comentaron jocosos al vicedecano Atinoso.

En el clima de sana euforia democrática que se ha suscitado después de moler a golpes al insurrecto, el más inspirado de los ingenieros, el profesor Gustavo Linga propone que a partir de este momento se adopte el valor de $g = 10$ para la constante de aceleración gravitatoria terrestre. A pesar de haberse bebido una tras otra, con encomiable perseverancia, dos botellas de agua mineral de 250 cc cada una –'el médico me ha recomendado que beba dos litros al día, es por la próstata', se justifica–, el profesor Linga nunca muy locuaz y hoy definitivamente lanzado a destrozar la prosodia, parece tener dificultades motoras para mover la lengua y articular sonidos inteligibles. El misterio del habla pastosa del profesor Linga y su pobre vocalización se ve resuelto cuando la tercera botella de agua mineral es rellenada, de una botella de ginebra marca Bombay –'¡Dios salve a la reina!', es su etílico saludo al ver la efigie de la reina Victoria en la botella– de dos litros de capacidad, y ya terciada, que ha extraído de la bolsa de deportes que siempre le acompaña. Aunque su gesto de rellenar a gollete la botella de agua mineral le ha hecho perder el aura de buen deportista que hasta este día ha tenido al profesor Linga, éste es interpretado por el consejo como un coherente seguimiento de una prescripción facultativa. 'Litro y medio, litro y medio', repite la profesora Conlimón observando con ojos de lujuria la botella.

La propuesta es recibida con solemnidad y en silencio, pero el ensimismado profesor Linga manotea el aire con las manos pidiendo

que se callen todos. Con gran dificultad se escucha proponer que se haga $j = 10$ que estaban hasta los mismísimos de tener que poner 9.8, que a ver si iban a venir unos extranjeros con 9.8 dedos a decirnos a los españoles, que tenemos 10 dedos, añade mirándose la palma abierta de la mano derecha, lo que tenía que valer j. Jutaigaldez, ha farfullado en realidad el monárquico profesor, pero el vicedecano, a quien la pérdida del ojo ha aguzado el oído, traduce la histórica propuesta, y sí, colocar la españolísima j, tan difícil de pronunciar por los extranjeros, en lugar de la foránea g. Los ojos arrasados de lágrimas de don Santiago, la emoción contenida hasta aquel momento, hicieron mella en Silvestrín.

El tórrido ambiente de creatividad científica alcanza el clímax cuando el profesor Vladimir Lamiento, esa lengua portentosa –se pasa media vida aclarando: 'Lamiento, no lamiendo, Lamiento'–, se mirla, engola su portentosa voz y anuncia que, teniendo en cuenta que

$$g = \frac{4\pi^2 r^3}{\rho^2 T^2} \text{ bueno } j = \frac{4p^2 r^3}{\rho^2 T^2} \tag{3.2}$$

según la ley Segunda ley de Kepler, ambos conceptos científicos quedan coherentemente armonizados, mostrando así el camino cierto de la excelecia científica que se está siguiendo y que el plan de calidad docente de la universidad ya anuncia cual espolique.

El necio comentario desde el fondo de la sala, 'La Tercera, no la Segunda, la Tercera ley de Kepler', proferida cual exabrupto intolerante por un irreductible enemigo de la ciencia patria, es debidamente contestado por el grupo operativo de ingenieros canalizadores, que lanza con gran tino sus calculadoras de bolsillo contra la cabeza del maleducado, profiriendo éste gritos de dolor al ser alcanzado en puntos vitales. La malévola y malediciente observación, absolutamente intolerable en un contexto científico serio, por parte de los envidiosos de siempre de que para obtener la ecuación (3.2) se necesita la ley de gravitación universal y la segunda ley de Newton, incita a un sano sentimiento vindicativo del grupo de los ingenieros. Blandiendo sus afiladas reglas de cálculo se lanzan sobre el insurrecto a los gritos de '¡Ingleses fuera!' y '¡Viva la Armada Invencible!', consiguiendo reducir al interfecto, a la vez que llenan su boca con un calzoncillo y utilizan una mitad del sostén de Mañodeperas para sellar su boca y asegurarse así que no va a proferir más salidas de tono.

La acogida por parte del consejo a esta tercera propuesta de alto contenido científico, es inenarrable (ver Fig. 3.3). Pero pronto se olvida tamaño hito intelectual ante la evidencia empírica, puesta de

Figura 3.4: Tatuaje que luce a lo largo de su pene el profesor Conalmo Ranas después de que presumiera ante el coro de beodos que acababan de tatuar a Linga (ver Fig. 3.3) de que sólo él merecía lucir en su escudo heráldico tan sublime expresión. '¡Toma adarga antigua y lanza en astillero!', le dijeron éstos después de inyectarle en pleno cuerpo cavernoso dos pastillas machacadas de cantárida disueltas en agua y perpetrar el penoso acto. La señora de Conalmo se ha hecho adicta a esta droga y su frase favorita es ahora '¡Enséñame la ecuación, toro mío!'.

manifiesto con grandes aspavientos por el ingeniero del Canal de Castilla, como él mismo se nombra en sus tarjetas de visita, don Salustiano Conalmo Ranas, de que

$$j \approx p^2 \,, \tag{3.3}$$

evidencia numerológica y kabalística ésta en la que nadie había reparado hasta hoy. La potencia de cálculo de don Salustiano es proverbial, pero en esta ocasión ha explicado además el origen de la misteriosa ley de la naturaleza $\pi^2 = g$.

En el paroxismo intelectual y patrio que se desparrama cual ubres fecundas –las retinas retienen todavía la visión de Mañodeperas derramándose incontenible– sobre la grey toda de la ciencia patria, la propuesta espontánea de bautizar la ecuación (3.3) como La Ecuación de la Física Española para ilustración de las generaciones futuras del buen hacer y dedicación científica de la facultad, es aprobada por unanimidad entre los gritos bolingueros de 'Aserejé, aserejé', aullido de guerra de los valientes vascones que resistieron al romano invasor y del arrojado astur que arrojó piedras sobre los árabes y les arrojó de la madre patria con un arrojo sin igual. Los profesores de física general se besan a tornillo sin reparar en los pelos de sus bigotes, los de termología, con el sentido de la orientación algo perturbado, se intentan abrazar sin conseguirlo, por lo que sus movimientos de atrapar el aire pronto son imitados por becarios y ayudantes, y los de óptica fotónica se felicitan mutuamente de la impresionante cosecha

científica que se está recogido en este día histórico, emitiendo pedorretas sonoras, olorosos pedos y ventosos cuescos. 'A votar, a votar, a votar, a botar , a potar y las penas olvidar', es un estribillo alcanzado espontaneamente por el grupo de beodos.

El comentario claramente hostil de algún termodinámico resentido sobre la necesidad de dotar de unidades a g –'calorias por grado kelvin, no te jode', es la ocurrente, y celebrada con risotadas, chanza de respuesta del profesor Lingo a tamaña impertinencia termal– suscita de nuevo una solidaridad entre científicos como pocas veces ha tenido la facultad ocasión de contemplar. Los termodinámicos se distinguen de la muy hispana escuela de los termólogos por su absurda pretensión de utilizar el, así denominado por estos herejes de la ciencia, segundo principio de la termodinámica, cuando la teoría energeticista del gran Ostwall ya ha dejado claro que no es en absoluto necesario y que el principio de conservación de la energía ya nos provee de todas las herramientas teóricas necesarias para explicar la rica fenomenología natural.

Con un clip calentado al rojo con un mechero que espontáneamente aparece sobre la mesa, y previa sujeción del subversivo sobre la mesa del consejo –con la ayuda inestimable de la otra mitad del sostén, ahora inservible, de la profesora Mañodeperas–, le es marcado a fuego en la frente por la mano insegura del profesor Ajista, que tiene que ponerse de lado para ver por su ojo bueno, el nuevo acuerdo del consejo de la facultad, con la invitación, entre sanas risotadas, a que él mismo se añadiese las unidades si tan necesarias le parecían y si tanto gustaba el sistema internacional de unidades. 'Joé Lingo, a ver si me lo das por escrito, que luego no lo pongo en acta y os quejáis', añade con salero y riéndose el tuerto vicedecano al ver cómo le ahorran trabajo de redacción. Ese mechero es el chisquero que utilizaban los miembros del grupo de óptica fotónica para visualizar los pedos que no conseguían escuchar. Este bendito uso pedagógico de la química, materia que ni siquiera es de su área de conocimiento, puede dar al observador objetivo una idea precisa de la amplitud de miras e intereses científicos de este grupo fotonoide, siempre a la vanguardia de la ciencia en nuestra facultad , hermanando la química con la fotónica a través de la combustión del metano y de la luz proyectada por ésta.

En plena euforia creadora, el profesor Ajista quiere firmar su obra –'que me lo deis firmado, joé, que luego no sé de quien es la propuesta y el acta se resiente', suele decir el vicedecano-secretario con gracejo y entre risas de la concurrencia, poco dada a poner nada por escrito–,

lo que da lugar a un conato de defensa por parte del termodinámico chamuscado, que sorprendentemente logra zafarse de sus ataduras, forcejea con el tuerto con tan mala suerte que el clip al rojo –pues Ajista le ha encontrado gusto a lo de calentar el metal con la llama– se hunde en el ojo bueno del profesor Ajista –el único que ya le quedaba operativo– con un chisporroteo acuoso, el mismo que produce el herrero que mete la barra al rojo en el caldero de agua, a la vez que el aullido de dolor del propio profesor Ajista se escucha en toda la facultad. Silvestrín muestra un solidario gesto de dolor en la cara, pues eso tiene que doler.

En la confusión, el termodinámico malherido intenta huir, pero un hábil golpe de pechos de la profesora Mañodeperas le reduce instantáneamente a un estado de feliz inconsciencia. '¡Donde no llega mi sostén llega mi teta!', grita ella con salero, y es ésta ya una frase para la posteridad en nuestra facultad, merecedora de ser tallada en piedra (la frase, no la teta) en el dintel de la puerta de nuestra facultad, y verdadero epítome de las virtudes de aquellas mujeres que como Isabel La Católica y Agustina de Aragón han expulsado a todos aquellos que nos han querido arrebatar nuestras más ancestrales costumbres carpeto-vetónicas y del atlético de Madrid, club favorito de Mañodeperas.

Con un gesto felino absolutamente inesperado en él, el incrustado profesor Gorza extrae su cabeza de la mesa y arrebata la botella de ginebra de las manos del profesor Linga en un intento desesperado por salvar el ojo de Ajista. Los alaridos de éste último al sentir en su ojo atravesado por el ardiente metal el alto contenido etílico del destilado, convencen a Gorza de que es peor el remedio alcohólico que la enfermedad ocular, por lo que él mismo se lleva el gollete de la botella de gin al gaznate, procediendo a succionar más que beber, su contenido: 'Es para superar la impresión de la sangre derramada', logra apenas articular mientras se pega tales lingotazos del transparente líquido que parece un camello bebiendo agua después de atravesar el Sahara diez veces sin repostar. El profesor Linga, que ha aguantado con encomiable estoicismo el uso terapeútico de su medicinal pócima, aunque con el corazón tránsido de dolor por la ginebra derramada, no está dispuesto en modo alguno a contemplar impasible cómo otro borracho se beneficia a su botella. Lanza una maldición y se lanza, valga la redundancia, al cuello de Gorza. Pero no cuenta con la rapidez de reflejos de la profesora Conlimón, que con una sorprendente agilidad para una mujer de su edad, arrebata limpiamente la botella

cuyo gollete se pierde en la garganta profunda de Gorza, llevándose de paso varios de sus dientes por delante, aunque sin poder evitar que éste ya haya trasegado gran parte del límpido y estimulante líquido.

Se interrumpe aquí la narración de este histórico consejo de la facultad , pues este relator omnisciente recibió entre los ojos la botella vacía que una despechada y ebria profesora Conlimón lanzó con fuerza, y pésima puntería, contra el dolorido Gorza –pero sólo después de haber dado cuenta de la última gota de ginebra– cuando éste se la requirió con verbo entrecortado por los sollozos y lanzando dientes por la boca. Las últimas palabras que escuché antes del impacto botello-craneal fueron: 'Donde no llega mi faja, llega mi garrafa', frase que profirió la profesora Conlimón en un patético intento de emular el verbo florido de la bien dotada profesora Mañodeperas, cuando uniendo la acción a la palabra lanzó la botella contra el desdentado quejica, momento en el que su faja por fin cedió, haciéndola perder el equilibrio y modificando la trayectoria de la botella con tan mala suerte que dejó a éste su seguro servidor con la botella incrustada en plena frente.

Pocos días después de este consejo de facultad –recogido por la prensa local hasta en sus más mínimos detalles–, los formidables acuerdos del consejo de la facultad de física traspasaron los limitados confines de esa casa y llegaron a oídos de todos en la universidad. Desgraciadamente, ninguno de estos formidables avances fue recogido en acta –'joé, tios, nadie me lo dió por escrito y ya sabéis que mi filosofía de levantamiento de actas es muy estricta', comentó, dolido por los reproches que se le dirigían, el vicedecano de la facultad mientras se extraía pus del hueco que otrora ocupara el ojo en el que había acertado el metálico proyectil sostinero de Mañodeperas (el señor vicedecano ha recibido un tratamiento antitetánico completo, y sus nalgas tatuadas parecen un acerico)–, por lo que el prestigio de la facultad no va a poder ser aumentado, más si cabe.

Sin embargo, y a pesar de no constar en acta para así certificar la primacía de esta facultad en tan importantes asuntos, la junta de la universidad –en un gesto magnánimo que honra al ilustrísimo señor rector, coronel de infantería, usía Gerardo Licocéfalo– va a adoptar como propios estos acuerdos que tanto sudor, vino de rioja, lágrimas, whiskey, sacrificio, orujo, humor acuoso, güisqui, humor vitreo, ginebra, sangre, vino peleón y masa encefálica han costado a la facultad de física. Aunque la magnanimidad del rector no llega hasta el punto de hacerse cargo de la factura del hospital, que asciende a la nada de-

spreciable suma de 4524,6 pesetas, parte de la cual se pagará gracias a las fotografías que los médicos del hospital tomaban, entre grandes risas, de las diversas heridas de los malheridos profesores de la facultad, y que pronto van a ser publicadas en un número monográfico, que tratará sobre las heridas profesionales, de la prestigiosa Revista Española de Enfermería. Pero la crónica de la posterior junta de gobierno de la universidad, en la que este relator perdió un diente y parte de una oreja, ya la contaré en otro lugar; sólo añadir que el ahora teniente coronel Licocéfalo tiene el que fuera uno de sus apreciados testículos metido en un frasco con formol y colocado sobre una estantería; todas las mañanas lo contempla y suspira.

Al sentirse acorralado por la dura mirada de Silvestrín, y aprovechando la confusión que se ha creado, el profesor Bezno de Cubil, como él mismo gusta de ser nombrado, abandona presto la sala del consejo. Pero seguido de cerca por su implacable perseguidor, intenta una maniobra tan desesperada como cruel, y que da idea de su falta de escrúpulos cuando se trata de conseguir los más viles bienes materiales. Mientras no cesa de correr, desenreda la cuerda del paquete que porta, y extrae uno de los termómetros que, como sospechaba Silvestrín, el rebujo de trapos contiene. Con una mirada de locura homicida en sus fríos ojos marrones, Bezno de Cubil ríe como un beodo mientras agita el termómetro en su mano como si fuera un palillo chino y observa la cara de impotente desesperación de Silvestrín al comprobar éste la falta de cuidado con que trata tan refinado instrumento. Teme lo peor Silvestrín, cuando observa cómo el profesor lanza el termómetro hacia el centro del patio de la facultad que en esos momentos están ambos atravesando a la carrera.

El grito de desesperación de Silvetrín al ver el frágil vidrio por los aires resuena en todo el patio, despertando al jefe de bedeles. Sigue con el ánimo encogido la parábola descrita por el termómetro –su centro de gravedad, en realidad–, temiendo el momento desgarrador y fatal en el que su quebradizo cristal se estampane contra las frías losas del patio. Pero repara entonces en el pequeño estanque de peces que el decano, gran amante de la naturaleza –se califica a sí mismo de ecologista, sin que nadie sepa muy bien qué significa eso ni qué connotaciones subversivas puede tener esa enigmática denominación– ha hecho hace poco colocar en medio del claustro para humanizar un entorno pétreo demasiado sobrio.

Reparando fugazmente en la cara de fastidio de Bezno de Cu-

bil al descubrir que el termómetro va camino del estanque, se lanza Silvestrín sin dudarlo a la pronta recuperación del termómetro, confiando en que el efecto amortiguador del agua evite al precioso instrumento daños mayores. Sin peces hace ya mucho tiempo –pues entre las previsiones ecologistas del decano no estaba incluída la de la alimentación de los mismos–, el estanque se encuentra cubierto de verdín y de plantas difíciles de clasificar, entre las que nadan gusarapos cimbreantes que, animalitos del señor decano, pronto zumbarán junto a los oídos y tomarán muestras de sangre humana. Pero el verde tapiz acuático ha hecho de almohada acogedora para el cilindro de vidrio y Silvestrín tiene el tiempo justo de ver cómo desaparece engullido por las plantas el termómetro intacto, así lo quiere él creer. Con inusitada determinación, se arrodilla Silvestrín al borde del estanque, se arremanga camisa y jersey e introduce el brazo derecho entre las plantas de aspecto venenoso y siente su tacto pegajoso y gomoso. Su mano se desplaza por el fondo mucilaginoso del estanque y no detiene su camino hasta palpar con sus propios dedos la forma cilíndrica y alargada característica del termómetro. Pero esta forma cilíndrica tiene vida y se escabulle viscosa entre sus dedos a la vez que un escalofrío de ancestral terror y bíblico asco ante las culebras le recorre la espina dorsal. Pero su voluntad es firme y persevera en la búsqueda del preciado instrumento hasta dar con él. Extrae con cuidado del agua el delicado objeto, observa que está milagrósamente intacto y depositando con cuidado el estuche en el suelo, saca del bolsillo su pañuelo con olor a lavanda y limpia con mimo el termómetro.

Este segundo ejemplar es un termómetro de 100 grados centígrados hasta 200 grados centígrados calibrado con precisión de medio grado, muy útil en calorimetrías de combustión. Una vez limpio lo encaja en su correspondiente hueco, lo asegura en su lugar con una gomita que al efecto allí hay, contempla con aprensión los huecos que aún quedan restan sin llenar y cierra el estuche con cuidado. Sin perder un instante se dirige a la puerta por la que ha salido Bezno de Cubil sólo para comprobar con horror que éste ha tomado un taxi –un Hispano Suiza con gasógeno que debió estar en primera línea el frente de Brunete, tal es la magnitud de sus abolladuras–, y que desaparece raudo.